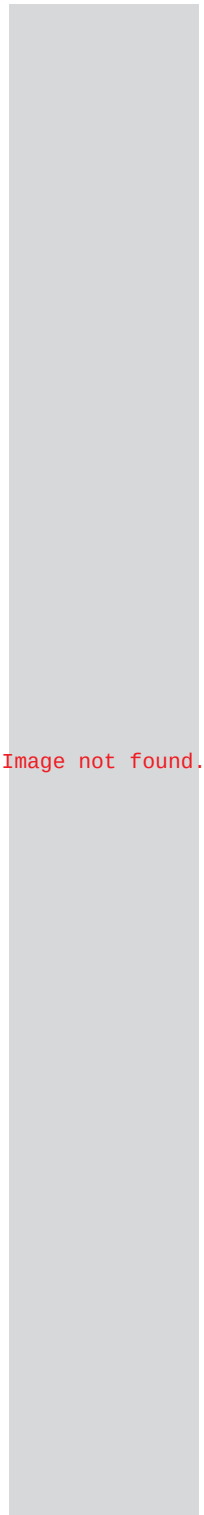
El Ángel Caído

Adrián Soutullo Mato



Capítulo 1

PRÓLOGO

01:17, 1 de mayo 1776; Bosque de Ingolstadt, Ingolstadt, Electorado de Baviera.

La noche hacía tiempo que había teñido todo el paisaje arbóreo de una inusitada oscuridad. Su manto negro se extendía por los cuatro puntos cardinales y a su amparo, las criaturas de la noche se desperezaban. Los lobos comenzaban a aullar en la Selva Negra, los búhos abrían sus omnipresentes ojos como los guardianes de lo salvaje, los murciélagos pululaban entre la oscuridad dando sacudidas en el aire impulsándose en sus alas y los seres humanos se guardaban de la oscuridad en sus casas.

Ingolstadt, la ciudad universitaria que en su día había sido capital del ducado que la unía con Baviera de forma estrecha, dormitaba apacible en la lejanía ajena a lo que se estaba viviendo en el frondoso bosque. Nadie hacía nada. Y los que querían hacer algo se debían refugiar entre las bestias y las alimañas para emprender la lucha. Una lucha que tenía muchos frentes. El mal lo emponzoñaba todo. Incluso las mentes. Las bastiones mentales de los estudiantes de la Universidad de Ingolstadt estaban siendo sitiadas y asaltadas por las hordas de pensamientos teocráticos, imperativos, inamovibles y radicales de la ortodoxia cristiana. Si querían cambiar el mundo, crear un nuevo orden mundial, estaba claro que debían comenzar por las generaciones futuras, por reconducirlas a los caminos de la sabia rectitud, del augusto pensar autónomo y de la sapiencia humanista en la que Dios había muerto hacía mucho tiempo.

Sin embargo la corona seguía ceñida a la cabeza de un hombre que actuaba según le viniese en gana diciendo hacerlo según los intereses de sus súbditos. Mientras los seres humanos tuviesen una corona que los subyugase, fuese cívica o rematada con la cruz del profeta, nunca podría ser feliz, ni prosperar la raza humana y mucho menos alcanzar la perfección.

El ser humano había hecho según las sagradas escrituras a la imagen y semejanza de Dios y sin embargo, el contubernio que defendía sus intereses en la tierra, la Iglesia Católica Apostólica y Romana, luchaba con todas sus fuerzas para que el ser humano continuase siendo un borrego. La humanidad había sido castigada por el pecado original cometido por sus padres, Adán y Eva, que desafiando a Dios y incitados por el demonio en forma de serpiente, habían comido del fruto del conocimiento. Querían ser como Dios, conocer lo que él conocía, saber lo que él sabía, querían ser Dios, amos de su destino, señores de la creación y fueron castigados

por ello.

Desde aquél día, el ser humano carga con dos cualidades innatas: el ansia de saber, conocer, aprender, y la limitación de algunos de que no puedan alcanzar una inteligencia, unos conocimientos que los harían libres, que los harían Dios negando así la existencia del Creador y haciendo inútil la creencia en él, puesto que lo que no ha existido nunca, no puede existir. Porque lo que hace libre al ser humano no es el conocimiento de la verdad, sino el conocimiento.

El conocimiento libera.

El conocimiento diviniza.

El conocimiento es peligroso.

Siete hombres ataviados con capas talares de color blanco inmaculado discurrían por un sendero que tímidamente se abría paso entre le sotobosque. Los bajos de sus vestiduras, arrastradas por el suelo de tierra, seco pues la primavera comenzaba a acercarse y el mal tiempo había dado tregua, se manchaban y ensuciaba con el roce contra la mundanal tierra.

La comitiva, de la que los anales sólo conocerían tres de los siete nombres allí presentes, se introdujo en un claro del bosque de Ingolstadt portando sendas antorcha a la altura de las capuchas que cubrían sus rostros y velaban su identidad, que de hecho aún estaba más protegida. Aunque todos se conocían. Todos sabían quién estaba presente y las veladuras sólo servían para tapar la cara del actuante, no del presente.

En el claro del bosque los aguardaba un enorme bloque de piedra blanca, piedra caliza. Encima del altar un cáliz de cristal que aparentaba estar vacío, encima de su abertura una daga que lo atravesaba y a cada lado, una cruz de madera y una representación de una corona de metal. Atadas con cadenas al altar, siete cabras asustadas. Las ardientes teas que portaban los desconocidos se reflejaban en las pupilas negras d ellas cabras que comenzaban a balar temerosas del futuro que les podían haber preparado ésos desconocidos encapuchados.

Los siete albos personajes se pusieron en torno a la mesa de piedra atrezada según el rito que con sumo cuidado habían planeado. Simple, para que se pudiese hacer rápido; simbólico, para no olvidar su mensaje; que dejase marcas, para nunca poder olvidar el juramento.

Mientras los búhos ululaban, algunos ciervos berreaban, unos cuantos lobos guarreaban, un par de perros ladraban y las siete cabras emitían sus miedosos balidos, los siete encapuchados dejaban caer sus blancas caperuzas. Sin embargo, así tampoco sus caras quedaron al descubierto

puesto que todavía poseían un segundo rebozo, en éste caso uno más elaborado. Sus rostros eran tapados por máscaras de cuero que imitaban el semblante de una Capra aegagrus hircus. Todos se miraron bajo la apariencia de una cabra y dieron por comenzada la ceremonia. El que estaba al mando del ritual así como de la organización, fue el que tomó la palabra para coger la batuta del protocolo:

-Hermanos, estamos aquí para fundar la Orden de los Perfectibilistas. Jurad eterno silencio, firme lealtad, fidelidad y obediencia a todos los superiores y estatutos de la orden para que el fin sea justificado por los medios y se cumplan nuestro objetivos de abolir la monarquía y todo organismo que siga las pautas de éste viejo y rancio régimen, suprimir la propiedad privada de los medios de producción en favor de los individuos y las sociedades y la abolición de las clases sociales, abolir los derechos de herencia sin ninguna excepción, destruir el concepto de patriotismo y nacionalismo sustituyéndolo por un gobierno mundial de control internacional, abolir el concepto de familia tradicional y clásica y prohibir cualquier tipo de religión, en especial la ramera babilónica de la Iglesia Católica Apostólica Romana, estableciendo un ateísmo sano, pragmático y científico a nivel oficial y planetario.

Dicho ésto, se remangó el inmaculado hábito y dejó asomar el brazo izquierdo, el siniestro, con un bello erizado por la emoción. A continuación, cogió la daga que reposaba encima del cáliz de vidrio e hizo tres tajos en la palma de su mano. El primer corte discurría paralelo al nacimiento de las falanges. Los otros dos rasgos nacían de los extremos del trazo anterior y llegaban a tocarse al final, cerca de la muñeca, formando un ángulo agudo.

Una pirámide.

Un cuarto trazo.

El acero de la daga descuartizó la cúspide de la pirámide.

Poco a poco, y tras reponerse al dolor, tampoco excesivo, el primero en cortarse la palma de la mano repitió el proceso con la otra y le pasó el cuchillo a sus seis acompañantes para que hicieran lo propio. La sangre que caía derramada de las heridas eran precipitada en el cáliz y cuando todos hubieron terminado, el Spartacus, sobrenombre del jefe de la orden, alzó la copa sobre sus cabezas:

-Simbolice éste cáliz real de sangre real nuestro sacrificio para alcanzar nuestras metas, nuestro compromiso para con nuestros hermanos y nuestra promesa de nunca renunciar. Con éste acto nos comprometemos a hacer el bien por todos los seres de puro corazón así como a generar la

mente de la iluminación.

Dicho ésto, Spartacus bebió el cáliz de sangre ingiriendo el líquido vital de sus compañeros de cruzada y el suyo propio. Hecho lo cual, se lo pasó a sus hermanos tal y como había hecho Jesús en la última cena.

Vaciada la copa, cada uno de los siete hombres enmascarados con faz de cabra escupió sobre la cruz que en el altar los contemplaba y golpeó con una piedra la corona de hierro hasta reducirla a una bola de forma irreconocible. Tiraron al suelo ambos símbolos, cristiano y monárquico, y los pisaron. Después de que las cabras, amedrentadas y merviosas hasta lo imposible, hubiesen defecado y miccionado sobre la cruz y la deforme corona, cada uno de los individuos agarró una cabra del septeto, y entre las pataletas de los pobres animales y sus aterrados balidos, le arrancaron el par de cuernos. La sangre de los animales y sus sonidos histéricos y doloridos mancharon la tierra, los hábitos de los hombres y los símbolos derramados y ensuciados en el suelo.

Las chivas son animales inteligentes, muy coordinados y excelentes escaladores. No para poca gente, entre ellos sus hoy torturadores a la vez que ensalzadores, considerada como un animal limpio y puro tal y como lo aseguran las leyes dietéticas judías. Son también descendientes de los faunos y del dios heleno Pan, y en ése sentido, son adalides de lujuria. De hecho, la tradición popular cristiana las asocia al demonio llegando a creer que éstos mamíferos susurraban frases obscenas a los oídos de los santos y la representación por excelencia del demonio es la cara de un macho cabrío con barba de chivo.

Mientras todavía el aullido de los animales afligidos y angustiados se alzaban al negro cielo bávaro multiplicando el sonido de lobos, perros y búhos en respuesta a la tortura que habían sufrido sus congéneres del reino animal, los siete miembros fundadores de la Orden de los Perfectibilistas se pegaron cada uno su respectivo par de cuernos que le había arrancado de cuajo a sus desdichados animales a la máscara de cabra, ahora ya completa.

-Hermanos -anunció Adam Weishaupt, Spartacus, tras su máscara caprina-. Aquí, hoy, ahora comienza el nuevo orden mundial.

Lo que nadie de los allí presentes podía adivinar que la presencia de las cabras no era al azar. Weishaupt contemplaba como último recurso aliado con el mayor enemigo de la Iglesia para acabar con ella. Vendería su alma al diablo si fuese necesario.

Y sería necesario.